



Reseña

14. La teoría y la institución

Theory and institution

Sobre *Ecología de los medios. Entornos, evoluciones e interpretaciones*.

CARLOS SCOLARI, Ed. (Barcelona: Gedisa, 2015)

POR EZEQUIEL DE ROSSO

Letra. Imagen. Sonido L.I.S. Ciudad mediatizada
Año VIII, #16, Segundo semestre 2016
CABA ARG | Pág. 246 a 251

Hay algo monstruoso en el en el nombre “Ecología de los medios”, un condensación extraña de biología y mecánica que probablemente no le haya resultado indiferente al ecólogo de los medios más famoso, Marshall McLuhan. McLuhan, que acuñó figuras de condensación como “aldea global” y “el medio es el mensaje” debe haber encontrado en el término otra figura feliz que mostraba cómo es necesario pensar a la vez naturaleza y medios. La felicidad de ese término, su productividad cultural, probablemente pueda rastrearse hasta David Cronenberg (que fue alumno de McLuhan) y las transformaciones de *Videodrome* o *Existenz*: ambos textos llevan hasta sus últimas consecuencias la tesis de que hay que considerar a los medios como especies. *Ecología de los medios*, el libro editado por Carlos Scolari (uno de los principales referentes en la investigación sobre nuevos medios), tampoco parece ajeno a la dimensión monstruosa de la figura.

Ecología de los medios. Entornos, evoluciones e interpretaciones comienza con una imagen. En la tapa del libro aparece recortado un círculo en el centro de la maqueta celeste que la Editorial dedica a sus libros de la colección Comunicación. En ese círculo aparece una especie biológica desconocida, grisácea, en cuyo centro se dibuja una especie de ventosa

de cinco membranas rodeada de una aro que incluye al menos quince marcas (¿lunares? ¿orificios?). De ese esfínter emergen cinco tentáculos (¿o ramas?) recubiertos de tejido orgánico, que termina en superficies pilosas. Por su parte, los tentáculos se dividen en otros tentáculos que a la vez se vuelven a dividir hasta que, constreñidos por el límite del círculo comienzan a amontonarse sin que podamos identificar el origen de cada apéndice anélido en el que termina el ser que retrata la imagen. Ese amontonamiento de apéndices, sin embargo, ya no parece el producto de un desarrollo animal, sino de un crecimiento vegetal: la imagen es la de un frondoso follaje que presiona contra los bordes de la maqueta, tratando de escapar al mundo.

El libro no registra ni autor ni título para la imagen, pero en la página de créditos se indica: “Idea de cubierta: Carlos A. Scolari”. Es, en este sentido, una tapa curiosa, habida cuenta de que casi todos los libros de Scolari se decantan por un diseño sobrio con tapas tipográficas (*Colaborarte*, que coeditó con Mario Carlón) o bien con diseños abstractos (*Hacer clic*, *Hipermediaciones*). La figuración plena, mimética (incluso repulsiva) aparece sólo en un libro previo de Scolari: *No pasarán. Invasiones alienígenas desde H.G. Wells hasta S. Spielberg*, de 2005 (que tiene como ilustración de tapa el ataque de naves extraterrestre a una población humana indefensa). Y efectivamente, cuando se contempla la ilustración de tapa de *Ecología de los medios* es difícil evitar la asociación con esas especies que crecen fuera de toda medida en la ciencia ficción o con esas especies de mutantes diseñados por la ciencia, que atraviesan reinos de la naturaleza. Al fin y al cabo esos crecimientos anélidos, esa indefinición de especie y la frialdad orgánica del gris remiten irremediablemente a H.R. Giger y éste irremediablemente al xenomorfo de *Alien*. Así es que podría pensarse que en el inicio hay una tensión entre ciencias sociales y ciencia ficción.

Lo primero que se lee en el libro es una pregunta: “¿Qué es una teoría?”. La respuesta, de tradición pragmatista, es que una teoría es un “campo conversacional donde diferentes sujetos más o menos competentes hablan sobre un tema determinado”. Puede pensarse que la composición de *Ecología de los medios* está guiada por la voluntad de estimular la conversación (la teoría) sobre esas entidades que, producidas por la ciencia y la tecnología, no dejan de crecer como seres vivos que ocupan todo el espacio disponible hasta tornarse “segunda naturaleza”.

La introducción de Scolari al volumen establece el horizonte en el que se desarrollará ese compromiso. Scolari escribe en primer lugar una historia de la teoría, que incluye a los precursores (Mumford, Ellul, Innis, Havelock), los “padres fundadores” (McLuhan, Postman, Ong) y los dis-

cípulos (Strate, Meyrowitz, Logan, Levinson, de Kerckhove). La mayoría de los padres fundadores y de los discípulos están representados con artículos en *Ecología de los medios*, así como una tercera generación de ecólogos, que ocupan la tercera parte del volumen.

Ahora bien, esa historia debe pensarse —la piensa Scolari—, a partir de dos despliegues. El primero es teórico: el pasaje entre las diferentes etapas de la historia de la ecología de los medios, que va de un tipo de enfoque (el que privilegia el estudio de los medios de comunicación como sistema y en relación con otros sistemas) a la formulación de un programa (lo que diversos autores en el libro atribuyen a McLuhan, pero que aparentemente sólo pudo formular Neil Postman en 1968, cuando acuñó el término “Ecología de los medios”) y de ahí al desarrollo de investigaciones cada vez más formalizadas y la expansión del paradigma ecológico en el contexto de las nuevas tecnologías. En este sentido, el éxito del concepto de “remediación” (que bien puede pensarse desde la tesis de McLuhan de que “el contenido de un medio es otro medio”) en la escena contemporánea es una prueba de la expansión y ubicuidad de la disciplina que describe el libro de Scolari.

Esa disciplina provee, según Scolari, al menos dos perspectivas diferentes para pensar los medios. La primera es que los medios son entornos, ambientes en los que nos movemos en tanto que cultura. Como lo formula Lance Strate en el artículo incluido en *Ecología de los medios*:

“Dicho de otra forma, un medio no es un actor, es el escenario donde los agentes humanos interpretan su papel. Al ser ambientes, los medios no delimitan nuestras acciones, pero sí definen la gama de acciones posibles que podemos emprender. Facilitan determinadas acciones y nos disuaden de otras.”

La otra forma de pensar la ecología de los medios, señala Scolari, es pensarla como una reflexión que considera a los medios como especies, es decir como entes que evolucionan a partir de una interacción con otros medios. En *Ecología de los medios* pueden encontrarse diversos ejemplos de este tipo de trabajo: desde los ejemplos de Marshall McLuhan (que abre la antología) hasta las formas de remediación móvil que estudia Denis Renó, pasando por los desarrollos teóricos sobre la supervivencia del medio más apto de Paul Levinson.

Es, en este sentido, notable el texto de Neil Postman incluido en el volumen, justamente porque permite delimitar con precisión el objeto y enfoque de la disciplina. Postman desarrolla en “El humanismo de

la ecología de los medios” una historia personal del concepto de “ecología de los medios” (señalando, por lo demás, la operación retórica que supone el concepto) para luego señalar sus distancias con McLuhan, para quien el problema sobre la moral de los medios es irrelevante. En términos de Postman, McLuhan pensaba que “esta neutralidad moral presentaría una mejor oportunidad para aprender exactamente cómo los nuevos medios hacen sus cosas”. La posición del propio Postman es, evidentemente, la contraria: “honestamente, no le veo ningún sentido a estudiar los medios si no lo hacemos en un contexto ético o moral”. No sin cierta malicia, Postman se dedica a continuación a construir una suerte de “método” que permita determinar la condición humanista de un medio. El método contiene cuatro preguntas y es difícil no verlo como una parodia de las preguntas que formularan Eric y Marshall McLuhan como sus *Leyes de los medios*.

Ecología de los medios recoge estas tensiones y otras: la que recorre el libro entre biología y tecnología (que es llevada hasta su límite en el texto de Logan), la complementariedad entre el enfoque social y el enfoque subjetivo en las miradas de Innis y McLuhan, o la relación conflictiva entre arte y medios en el texto de Roncallo Dow y Mazonra que cierra el libro. Ese recorrido muestra que el campo es amplio y, a la vez, que existen puntos de continuidad y acuerdo, cuyo centro podría ser la idea de que los medios poseen una lógica propia, que no depende ni de sus “creadores” ni de sus “consumidores”, ambos negociando con la lógica del medio con el que interactúan. Como lo formula Strate, la ecología de los medios plantea un “acercamiento transaccional” a los medios.

Esto significa que en el núcleo teórico de la ecología de los medios yace la certeza de una radical exterioridad de los medios y sus tecnologías con respecto a los agentes que pone en contacto. Esa exterioridad puede ser pensada como buena o mala, como producto de las fuerzas económicas o como modeladora de conciencias, pero todos los autores recopilados en *Ecología de los medios* comparten ese punto de vista. Y este punto de vista supone que no hay transparencia en los medios que, sin duda, sirven a diversos usos, pero cuyo modo de funcionamiento y efectos es impredecible a menos que se estudie la enunciación que cada medio lleva a cabo. Esta es la famosa tesis McLuhaniana: si el medio es el mensaje es porque el medio produce un modo de enunciación antes incluso de que podamos pensar los mensajes que emite.

El segundo despliegue que hace el libro de Scolari atiende al emplazamiento institucional de la ecología de los medios. En efecto, *Ecología de los medios* tiene por objeto describir no solamente una perspectiva teórica sino también un proceso de institucionalización. La atención a

“los padres fundadores” y a sus discípulos, antes que a los primeros teóricos del campo sugiere que el objeto del libro es la conformación de una teoría y su progresiva institucionalización. Resulta revelador que el texto de McLuhan que se elige es la entrevista de *Playboy*, de 1964 (el año original de aparición de *La comprensión de los medios*), pero el de Neil Postman (que, recordemos, formuló el término en un texto de 1968) sea una conferencia dictada en 2000, en la primera conferencia de la Media Ecology Association. En el mismo sentido, la primera parte incluye dos artículos sobre la inscripción académica de McLuhan y de Postman (a cargo de Jesús Octavio Elizondo Martínez y de Thom Gencarelli, respectivamente) y la tercera un artículo de Indrek Ibrus sobre los posibles aportes de la semiótica de cuño lotmaniano a una ecología de los medios. Así, no se trata tanto de presentar a los lectores el pensamiento de McLuhan o de Postman, sino de presentar un corpus ordenado e institucional. Un corpus cuya coherencia y eficacia, parece, sólo puede pensarse en el nuevo siglo.

Su importancia en el nuevo siglo puede verse en las fechas que evoca Scolari: en 2000 se establece la MEA y en 2002 aparece el primer volumen de la publicación oficial de la Asociación. También en 2002 cierra sus puertas el Center for Contemporary Cultural Studies, el lugar en el que radicaron sus investigaciones Richard Hoggart y Stuart Hall, es decir, la Escuela de Birmingham. En un sentido muy específico, entonces, puede pensarse que en el nuevo siglo se ha producido un cambio en el paradigma de la comunicación: tal vez hoy, para el campo de los estudios en comunicación, la opacidad de los medios y la reformulación de los contratos de lectura sean el modo más productivo de acercarse a los nuevos fenómenos mediáticos. Tal vez porque las herramientas de los estudios culturales siempre fueron pensadas para los medios de masas, o porque siempre pensaron que toda tecnología es expresiva del poder de sus dueños, su relevancia para el análisis de los medios actuales parece limitada. La relevancia actual de la ecología de los medios, que se pregunta por lo que los medios hacen (antes que los mensajes que vehiculizan) y que imagina que los medios regulan según su propia lógica la interacción, parece ser el mejor modo de aproximarse a las nuevas tecnologías de la comunicación: su inestabilidad parece requerir una reformulación de las categorías de sujeto y de intercambio.

Ecología de los medios es entonces una extraordinaria introducción a los debates de esa nueva disciplina.

Coda

El último artículo de *Ecología de los medios* vuelve sobre el problema estético, o lo que McLuhan llamó anti-medio. La obra de arte sería una herramienta que nos permite tomar conciencia del medio en que nos movemos y en este sentido es un fenómeno metamедial y “anti-ambiente”. Roncallo Dow y Mazorra, sus autores, eligen como caso las formas en las cuales el arte imaginó el “sensorio común” que es un sistema de medios.

Certeramente, ese recorrido lleva del autómeta de la ciencia ficción del siglo XIX a las tesis de Stanislaw Lem y de ahí al arte transgénico de Eduardo Kac. La conclusión, inquietante, a la que llegan Roncallo y Mazorra es que

“El paso del cyborg al androide como anti-medios ya no sorprende porque nuestro ambiente ha cambiado, la propia experiencia de la cultura popular y la organización autónoma de las comunidades ya hacen su aparición. Su subjetividad está basada en la red de Internet y no en una nueva territorialidad ni en una realidad fija. La piel de su cultura es eléctrica, como dice de Kerckhove; son el paso siguiente del hombre-máquina”.

Tal vez el comienzo de *Ecología de los medios*, su tapa, no sea más que una prefiguración que, venida de la ciencia ficción, anuncia el paso siguiente a nuestra existencia de hombres-máquina.